

**FAMILIA, DESIERTO, TEATRO, CASA**

I

MABEL LAVANA: cuando piensa en ese nombre, y en todo lo que vino detrás, lo primero que Bernardo imagina es la cabeza de ella delante de un vasto fondo neutro, sin nada, que se va poblando poco a poco de edificios aplastados como en los cuadros primitivos, aquí la fachada del liceo Humboldt, allá la entrada al Hospital Clínico, y un poco más lejos él mismo subiendo los peldaños de su casa de Rosales con un pañuelo manchado de sangre. Bernardo no entendía gran cosa. Hacían juntos los deberes, Mabel los hacía y él miraba fascinado su atroz caligrafía, la pantalla difusora de encaje en la mesilla, aquella mano que enmarañaba a lo mejor un polinomio en el centro de la plana. Mabel Lavana, aquel diminutivo ridículo, tan odioso para él, y sus grandes pies que tanto le hacían sufrir en los recreos y la forma en que Bernardo no entendía nada en sus polinomios. Mucho rato después de haber cerrado el cuaderno, continuaba él viendo el diminuto broche de cifras en el medio de la plana de cálculo tan blanca.

Lo mejor viene más tarde. Mientras Bernardo ordenaba un poco la mesa, Mabel desaparecía para regresar al instante con una gran caja de cartón que contenía los sellos para las viñetas. Debemos aclarar que en esa época los pasteles para la merienda regalaban tampones de plástico con el relieve de grandes aventureros, el Dr. Livingstone con salacot, caníbales saltando sobre un círculo de llamas, y si tenías mucha suerte una nube explosiva donde se leía bien claro: !MOOË; Humedeciendo los sellos en la almohadilla Pelikan que tenía ella y todo, imprimían su propio tebeo que después coloreaban trabajosamente sacando un poco la lengua. Por el momento, no es más que un fondo neutro.

—¿Lo harías, Mabel? ¿Serías capaz de hacerlo?

Se encogía de hombros:

—No sé.

—Yo es que necesito que me lo digas. ¿Lo harías? ¿Querías hacerlo por mí?

—Bernardo, te está sangrando la nariz. Ten mi pañuelo.

La verdad, había cosas raras en esa casa. Para empezar, el vestíbulo estaba presidido por una reproducción en estaño así de grande de la Última Cena con un marco pretencioso de fieltro y madreperla. En conjunto, era de una fealdad cósmica. El padre de Mabel, viajante de comercio, había desaparecido sin dejar rastro. La señora Orfila, su madre, no limpiaba el polvo: lo cambiaba de sitio. Y el abuelo, a quien Bernardo nunca llegó a ver y del que suponía que no abandonaba la cama, porque cuando llevaba un disco recién comprado para escucharlo en su Hi-Fi, le decían hoy no va a poder ser, otro día, el abuelo está indispuesto, y señalaban hacia un espacio vagamente iluminado al fondo del pasillo. De modo que cuando alguien hacía referencia al viejo Lavana, él ahí solo podía imaginarse un pasillo con

la puerta entreabierta de un cuarto a medias iluminado, su abuelo.

Y por encima de todo eso flotaba el olor. Se trataba de un olor no enteramente desagradable pero un tanto empalagoso, dulzón, que a veces parecía recorrido y como acariciado por dentro por una veta más ácida y desconcertante. Bernardo descubrió dos cosas: que la intensidad del olor no permanecía estable y que su foco de procedencia variaba con los días. A veces parecía emanar del propio mobiliario, el paragüero, la vitrina con animales de vidrio soplado, y otras —Bernardo alzaba la nariz con un suspiro— el olor llevaba una existencia independiente, se convertía en un huésped malhumorado que arrastra sillas por la noche, y Bernardo pensaba que aunque el edificio fuese demolido y transformado en solar, seguiría permaneciendo en pie aquel olor sin variar de formato, un cubo de aire rosa.

En las tardes nubladas olía a matemáticas. En algún lugar de la casa crujía un péndulo. La señora Orfila apartaba las cortinas y pronosticaba enormes aguaceros. Estaba bien segura porque acababa de tender la ropa. Nunca fallaba. Acabas de tender y llueve. Bernardo miraba de reojo la solución a un problema, el pasillo con el anciano secuestrado al fondo, la madre que corría y recorría las cortinas cada vez con más violencia, todo al mismo tiempo; eran viajes del polinomio al abuelo. Por fin llovía, y la señora Orfila se apresuraba a proclamarlo, triunfal, orgullosa de aquel tiempo que le daba la razón y arruinaba su colada.

Mabel Lavana: Bernardo repite el nombre muchas veces hasta que queda vacío, desgastado de sentido, una mueca del lenguaje que nada designa, a no ser un vago olor y unas viñetas dispersas. Sí, precisamente eso: cromos o viñetas que se suceden y alteran las apariencias. Bernardo con una

barba encolada y coturnos puntiagudos frente a Mabel que recita una réplica mal aprendida con un disfraz de otra talla. La representación de fin de curso ya estaba próxima. El liceo Humboldt en pleno se preparaba para ofrecer un año más una función de despedida y la entrega de diplomas. Bernardo actuaba de consejero del rey que uno se figura que va a traicionarlo y al final se nota que no es malo porque suda y se arrepiente y ni lo asesina. En su papel de dama de la corte, Mabel tenía que recitar un largo parlamento muy difícil —¿Lo harías, Mabel? ¿Serías capaz de hacerlo?—, y en verso y todo, y con la preocupación de los ensayos no quedaba mucho tiempo para verse ni colorear nada. Verídico. En esas funciones todo salía mal y era un gran éxito. Un espadachín de básica aparecía en escena con armadura y botas de baloncesto. Alguien se quedaba en blanco en medio de una frase, balbuceando, pero al final todo el mundo le aplaudía lo mismo, incluso más, y obtenía su diploma como todos porque no es educativo que un alumno se desmoralice. Cada año era igual. Bernardo sentía un codazo: alzaba la vista y allí estaba Mabel con su verso incomprensible, como en antiguo, aureolada por el polvo de tiza y los disfraces, pálida y soberbia. Su cabeza castaña destacaba contra el puente levadizo de cartón y el firmamento muy azul sostenido con tachuelas, y Bernardo consideraba un triunfo haberla convencido para que aceptase el papel que la rescataba de su familia rara y del olor que dura más que los edificios.

La seriedad de Mabel. Sus tirantes de encaje y sus blusas con las puntas rígidas, fanáticas, almidonadas; y un día en la catequesis ella llevaba una trenza que Bernardo no dejaba de mirar, mientras el tutor explicaba el huerto de Getsemaní o algo, y Bernardo desde entonces, cada vez que

a lo largo de su vida volvía a escuchar ese sonido, asociaba el nombre de Getsemaní con la idea de una trenza solitaria.

Corrían. Con Mabel corrían hasta el templo de Debod que estaban reconstruyendo; piedra a piedra transportándolo desde el desierto de Nubia, así lo explicaba el profesor del liceo, un sabio, y hasta lo deletreaba en el encerado. Bernardo y Mabel estaban estupefactos con aquella piedra a la vez ruinoso y nueva, les parecía un fragmento de barbarie entre guardias de tráfico y el fragor de los reactores que pasaban sobrevolando la tarde. Y estos dos muchachos, que amaban las oquedades, los súbitos desgarrones del teatro o los falsos templos, el simulacro del riesgo en colores chillones, el olor aún fresco de la tinta en los tebeos que uno mismo imaginaba, estos muchachos contemplaban el oasis artificial con palmeras trasplantadas, y sobre ellas una franja clarísima de cielo. Parecía ser visto el templo como a través del agujero de un decorado. Bernardo cogió el gordo diccionario para buscar la palabra Nubia. Noviembre, noviazgo, nubes, Nubia. Junto a una escueta noticia geográfica se incluía la ilustración de un perfil de dunas más un poco de selva, y un jeep que avanzaba trabajosamente. Aquello era la aventura, y Bernardo sintió mareos. Cerbatanas impregnadas de curare, mastabas engullidas por la proliferación de las lianas, bajo las aguas fangosas el rostro de una concubina ejecutada: aquello era la aventura, y el templo al fondo se dibujaba al trasluz de un telón agujereado. Anochecía. Ya iba siendo hora de regresar a casa, el hechizo se disipaba. La cartera volvía a ser una cartera. Bernardo y Mabel antes de alejarse se giraban para observar una vez más la silueta de las grúas y el desierto, con algunos obreros dispersos inclinándose, como ante una audiencia faraónica, a sopesar sus tarteras.

Templo, teatro, casa. Tras la lluvia, Madrid centelleaba. La señora Orfila se levantaba a corregir un cuadro que, según decía, alguien torcía a propósito a espaldas de ella. Alisó el pliegue de un visillo. Olía a medicamentos mal-trechos, a bombillas fusiladas. Del lado del pasillo llegaba una luz fría que, deformándolas, duplicaba las figuras: la sombra de Mabel poseía un lápiz muchísimo más largo y tembloroso que el de la propia Mabel que ahora polinomiaba. ¿Serían ciertos los rumores que Bernardo escuchaba circular entre las clases? El lápiz de Mabel serpenteaba. Hinojosa, el del pupitre junto al perchero —en invierno los abrigos le enterraban—, no se cansaba de repetir todo tipo de locuras referentes a los Lavana —lunáticos todos, capaces de cerrar puertas con solo mirarlas, tenían al abuelo poco menos que disecado, mejor que Bernardo no volviera por su piso: él, Hinojosa, sabía que el portero tenía un ojo de cristal que se clavaba fijo en ti al entrar o salir del ascensor; todo el tiempo sentías en la nuca el espionaje, esa mirada de vidrio resbaladizo, ni se le ocurriera volver. Locuras. Bernardo desconfiaba. Eran rumores procedentes, por así decir, del otro lado de los abrigos —ante esta idea Hinojosa se empequeñecía más y más bajo el peso de la mentira, de las bufandas.

El templo y los rumores crecían al mismo tiempo. Hasta el punto de que en su delirio Bernardo los confundía; solo alcanzaba a distinguir una masa que aumentaba, que aumentaba. Los rumores eran piedras numeradas (los rumores y las piedras tenían en común que ambos eran lanzados desde el mundo de la aventura, de la mentira, del mito). Era el templo en obras un susurro edificado. Bernardo se sentía desgajado entre la voz de Nubia y los abrigos (no vuelvas a esa casa) y la embriaguez que experimentaba al

atravesar el umbral del piso de Rosales y hacer su aparición en aquel cuarto donde reinaban los olores inestables y la señora Orfila giraba sus grandes ojos de pescado. «No hagáis ruido; el abuelo está indispuerto».

Entre los dos mundos, en equilibrio entre ambos, brillaba un escenario. Los ensayos se aceleraban. Bernardo no mataba al rey mejor cada día, cada día lo mataba menos, hasta incluso llegar a no matarlo en absoluto. La cabeza de Mabel, solitaria ahí arriba, como aislada del cuerpo, se recortaba contra un fondo cada vez menos neutro y más poblado de amenazas. Languidecía en su estrofa. Bernardo se dio cuenta, con creciente alarma, de que Mabel aparecía más y más pálida en cada ensayo, estaba lo que se dice incubando alguna cosa. ¿La casa en que vivía, sería contagiosa? Pero entonces existía una razón más para regresar a ella; Bernardo en sus visiones (picaba mucho la barba) ya se veía a sí mismo entrando de un portazo, peleando con la familia entera (el abuelo esgrimía un gorro de dormir, una pantufla), rescatando de aquel disparate a Mabel y su caligrafía espantosa. En realidad llevaba peleándose a bofetadas tantas veces con los Lavana, dividido siempre entre los abrigos de Nubia y las viñetas, había él liberado a Mabel en tantas ocasiones, que le extrañaba que a la tarde siguiente la señora Orfila le abriese la puerta como si tal cosa, encogiéndose de hombros mientras continuaba ocupándose de su licuadora.

## II

Lo cierto es que una dama de la corte empeoraba. Algo había que hacer, y rapidito. De ensayo en ensayo se advertía

que Mabel cada vez podía menos con su estrofa; a través de la máscara de polvos de arroz, horadando su blancura, se abría al patio de butacas el brillo moribundo de los ojos, la obligación de los labios, unas ojeras. El castillo de cartón piedra se tambaleaba. Lo más extraño de todo para Bernardo era que esta nueva expresión de Mabel parecía haberse fijado, congelada, en una mueca de estupor ininterrumpido igual que alguien que acaba de presenciar un terremoto o aguarda su turno para ser fotografiado. Mabel sabía. ¿Su familia, no lo notaba? Pero qué iban esos a notar. Si hasta la señora Orfila, antes de marcharse Bernardo el último día, le había invitado a comer. Problemática, esa comida. Bernardo intentó librarse; pretextó evaluaciones finales, abrumadoras tareas. La señora Orfila insistía.

—Pues me harías un trastorno —dijo o pensó.

Problemática, la comida. Bernardo solicitó ayuda de Hinojosa y este le aconsejó —solo eran visibles de entre el alud de impermeables la nariz y una mano muy delgada— que rechazase la invitación y olvidase su obsesión por los Lavana. ¿Cómo se imaginaba él que sería la comida? Mabel con esa cara de enferma, la madre anunciando lluvia, el abuelo enjaulado en su vitrina. ¡Y aromas inolvidables, y mucho espacio entre las servilletas! Y tres pisos más abajo, aquel ojo de celulosa patrullando incansable los ascensores. Lo que Bernardo no dijo, o fingió olvidar, fue que la comida podía ser un pretexto para entrar por fin en la demencial intimidad de la familia y descubrir lo que Mabel sabía y no dejaba de mirar alucinada.

¿Decir que sí y luego no ir? Claro que esta idea también era tentadora. Durante esa semana Bernardo fue y no fue muchas veces a comer con los Lavana. Por una parte sentía un placer inesperado al calibrar los efectos

de su ausencia. Mabel y él se dirigían caminando hacia la casa. Bernardo, de improviso, proponía una ojeada al templo en obras. En este punto se daba por supuesto que la muchacha aceptaba, giraba sus hombros tan estrechos que le hacían temblar por ella. Mabel decía sí, y era siempre la criatura seria, un poco dura, masculina. Una vez allí no le sería difícil, eso esperaba, distraer a Mabel —estaba tan blanca, le sentaría tan bien un poco de aire— y lograr entretenerla hasta pasada la hora, jugando y correteando entre el cemento y los faraones. No iría. Bernardo no podía dejar de representarse con malignidad esta escena: veía a la señora Orfila, muy erguida y trastornada, esperándolos en vano en algún lugar remoto lleno de cuadros torcidos y con la mesa puesta.

—¿Por mí lo harías, Bernardo? ¿Vendrías a comer?

—Ya ves que me encantaría, pero ¿qué pasa si me sangra a mí la nariz?

Bernardo tocó el timbre puntual. La señora Orfila abrió la puerta con un plumero en una mano y en la otra una pitillera, y le dijo que todavía era temprano y que mejor aguardase. El vestíbulo, inundado de sol, era surcado por segmentos luminosos, parecían trazados por un tiralíneas de oro. Allí estaba el cuadro de estaño, el marco escalofriante. La Última Cena era realmente la última: no se podía ir más lejos en la fealdad. Llegaban, acolchados, sonidos de cláxones. Bernardo se levantó, volvió a sentarse. La sensación de que algo inminente estaba a punto de suceder lo dominó, fue más fuerte que él. ¿Acaso no olía a quirófanos desmantelados? De un momento a otro sucedería la catástrofe, o tal vez estaba sucediendo ya y él no sabía. Esperó todavía unos instantes, en tensión, al borde de la silla, hasta que gimió la puerta y apareció el

espanto y no era más que la señora Orfila diciendo que la mesa estaba lista y si le gustaba el picante, a ella mucho.

Comieron en silencio. Todo transcurría normal, sospechosamente normal. Mabel comía medio mustia, no comía. En un momento determinado, su madre le pasó la ensaladera. Al cabo de un tiempo repuso las bebidas. Sobre el mantel rayado tres pares de manos iban y venían, acariciando el pan, alzando un servilletero como comentando bueno, qué más: tres figuras empedregadas vistas a través de un anteojo invertido. Para celebrarlo, Mabel propuso terminar de colorear unas viñetas, no ahora, más adelante, en su cuarto. Daba la impresión de que era incapaz de mantenerse en pie. Mientras esperaba, Bernardo notó con un estremecimiento que el cuarto de Mabel era el único que escapaba al dominio del olor. Olfateó muchas veces. Sí, por increíble que resultara, no más ambientador nauseabundo, no más desinfectante o lo que fuese. En el boxeo que parecían sostener a codazos día a día la casa y el olor, la habitación de Mabel había resultado al menos hoy misteriosamente ilesa. Los muebles respiraban. La alfombra se anunciaba de otro modo. Entró Mabel sosteniendo con solemnidad la caja de cartón con las viñetas; sus rasgos eran noticias de alegría y estupor; dio tres o cuatro pasos hasta el centro del cuarto donde permaneció unos momentos en suspenso. Después puso los ojos en blanco, e inmediatamente cayó desplomada contra el suelo.

A Bernardo siempre le sucedía lo mismo: sus pensamientos parecían desplazarse simultáneamente sobre dos raíles paralelos. Mientras corría despavorido por el pasillo en busca de la señora Orfila que limpiaba la vajilla, al mismo tiempo por otro ramal de su mente, por una vía muerta del pensamiento, Bernardo iba repitiéndose: qué

lástima tener que alterar ahora la tranquilidad de la casa, esta calma. Susto se iba a llevar su madre, la cual llegó y al momento se puso a zarandear a Mabel con las manos cubiertas de espuma de detergente. Desplegó una actividad frenética. De pronto la casa se llenó de señoras Orfilas moviéndose por los cuartos, una telefoneaba al servicio de ambulancias, otra revolvía un cajón con medicamentos y le gritaba a Bernardo mientras se alejaba que comprobase la fecha no fuesen a estar caducos, y una tercera señora Orfila —¿o era la cuarta?—, impasible a todo, poseída por esa gran indiferencia que le era habitual, se ponía justo ahora a enderezar los marcos o sacaba con toda parsimonia la tabla de planchar. Mientras en el cuarto del desastre, una bombilla desnuda y una niña a medio desmayar y una loca retorciéndose las manos enjabonadas.

Bernardo recordó al abuelo. Lo recordó en la ambulancia que los conducía a los tres, camino del Hospital Clínico. Si era cierto que el viejo existía, si existía como algo más que una puerta entornada y un impedimento para escuchar música, si era un ser vivo con todas las funciones normales y no un gran malestar contrario al desarrollo de la tecnología en general y del tocadiscos en particular, entonces no habría tenido más remedio que oír todo el alboroto, agazapado en su cálida penumbra. ¿Habría asistido a la escena a través del ojo de la cerradura? Ya veía Bernardo a las dos mujeres convulsionadas, a él mismo buscando la fecha en un medicamento, y al fondo la gran pupila alerta.

Continuó recordándolo mientras avanzaban por los pasillos de urgencias, entre aullidos y enfermeros, mientras le clavaban en el brazo una aguja de la que salían gomas, porque era necesario hacer una transfusión a Mabel y sus grupos sanguíneos coincidían. Se estiró en la camilla. Miró

los hilos rojos mediante los cuales su amiga y él continuaban comunicándose a través de la telegrafía más extraña de la tierra. Tres, cuatro minutos. Las botellas de vidrio para el plasma tintineaban. Mabel movía la boca en sueños, y él hubiese querido decirle tantas cosas, que no olvidase su estrofa, que volverían a dar grandes paseos por los alrededores del templo, los jardines de Sabatini y sus monarcas, su vestido celeste entre aquellos pedestales, lo primero era estar viva, bueno, estar bien. La sangre avanzaba, retrocedía. Rápido, qué más, qué más. Bernardo hizo un último esfuerzo; pensó en la llamada de la jungla, un collar de palmeras ciñendo la estrecha cintura de la noche, África, África, el corazón de los muertos batiendo palmas tras la ruta del marfil y los porteadores, la cabeza de Mabel Lavana sobre un fondo de ardiente terciopelo. ¿Lo harías? ¿Serías capaz de hacerlo? Pensó en que sería una pena que después de todo no pudiese recitar su estrofa tan difícil para la representación de fin de curso y que qué lástima que todas las viñetas hubiesen rodado esparcidas por la alfombra de su alcoba. Después no pensó más.

### III

Un camión de limpieza regaba las aceras. Una óptica con monturas de pasta en el escaparate, y más allá un camarero apilaba sillas. Bernardo caminaba de regreso a su casa. Cojeaba ligeramente. Hasta dentro de unas horas no podría diagnosticarse el estado de la enferma, en cualquier caso su madre y ella pasarían la noche en una habitación de la clínica. Bernardo sentía las rodillas débiles, un lastre en los pulmones. Hacía tan solo unas pocas horas manejaba

servilleteros y ahora esto. De todas formas, el sabor de la carne le había parecido a él un tanto extraño. Correoso más bien, caduco. Con una mueca de asco, Bernardo se acordó de una historieta en que unos caníbales danzaban entre el fuego tras la ingestión del banquete. Festines malditos, sabor extraño.

—¿Y si al final resultaba que el cuarto al fondo del pasillo estaba vacío y el horno lleno?

Era una duda, solo una duda, pero que bastaba para hacerle latir fuerte y fuerte la vena de la sien. El gesto de estupor de Mabel, con el blanco de los ojos dilatado, acaso apuntaba en esa misma, terrible dirección. Así que salsas picantes, claro. Era un pensamiento intolerable, y Bernardo se reprendió a sí mismo. Pensar hacía daño. Pensar quemaba. Mejor se concentraba en lo de fuera. Aceras mojadas. Ópticas. Bernardo pasó frente al templo de Debod y se detuvo, hizo un alto para descansar y no más salsa, y contempló la silueta proyectada. Las piedras llameaban. El cielo se inclinaba y era esbelto, o parecía como si el paisaje mismo se contrajese entre espasmos para alumbrar aquella sílaba brutal, aquella caries de luz, lamida por el sol y erigida por los hombres mediante el tesón de la geometría y de la locura. En su lenguaje secreto el templo venía a decir que lo normal es lo raro. El instante era precioso. Llameaba, el instante. Y entonces ocurrió: Bernardo decidió regresar ahora mismo al piso de Rosales, desvelaría el secreto.

Bernardo decidió. Tal vez fuese más justo decir que Bernardo actuaba impulsado por algo mayor que ya estaba decidido de antemano; antes de decidirse ya estaba decidido. O quizá milenios antes, desde la mañana misma en que el faraón Azakheramon cortó la cinta que inauguraba la primera piedra para la erección de aquel monumento

que podría ser a la vez festejo y tumba —como si alguien de súbito se incorporase para dirigir unas palabras en su propio entierro.

Si existía un enigma, él lo partiría; si una sospecha, la reduciría a polvo. El momento era propicio: la enfermedad alejaba de la casa a la señora Orfila y a Mabel, las confinaba en la noche de la clínica y las radiografías. Bernardo pidió la llave al portero sin atreverse a alzar la vista, no fuera a encontrarse ante dos cuencas excavadas y en su lugar un par de canicas de ágata, dos cápsulas de cera. Muy servicial, el portero le tendió la llave, un diminuto relámpago, a través del mostrador (después de todo había visto tantas veces a Bernardo, era casi como de la familia). Bernardo se notó desprovisto de rodillas. En el ascensor vacío le preguntó a Hinojosa si lo que estaba haciendo era correcto, e Hinojosa acurrucado le informó: no vuelvas, te verás solo y dormido, o pudriéndote al fondo del desierto, cadáver transeúnte. Bernardo abandonó la cabina del ascensor y pulsó un botón cualquiera, envió a Hinojosa y sus temores al sexto piso. Temblaba ante la puerta. Y ahora silencio, que enmudezca todo ruido, porque Bernardo ha hecho su entrada en el reino de las viñetas explosivas, y está solo. Sale el cortejo haciendo mutis por la izquierda; paladín entra, saludando con la lanza.

La casa se encontraba en un desorden terrible. Un par de fuertes brazos se habían dedicado a sacudir la vitrina con adornos y muchos objetos de vidrio soplado yacían por el suelo, en gran parte pulverizados. Un amplio desgarrón en el sofá dejaba escapar una lenta hemorragia de serrín. Cajones volcados, cortinas arrancadas a tirones (Bernardo esbozó un gesto para enderezar un cuadro y detuvo el brazo en el aire, se trató a sí mismo de chiflado). Bien pen-

sado, aquel destrozo resultaba tranquilizador: Bernardo al menos tenía la certeza de que algo vivo se movía por el piso, rompiéndolo a su paso, y por tanto no existía relación entre la carne estropajosa y el abuelo camuflado. Este era real. Poseía músculos alimentados por la rabia y el encierro, capaces de guillotinar búcaros o ajusticiar percheros. Pero una segunda certeza sobrepasó a la primera: ¿y si Bernardo estaba siendo observado, cuándo, cuándo iba a ser, ahora, en este mismo momento? Sintió un cosquilleo nada tranquilizador en la nuca. En conjunto, daba la impresión de que toda la escena estaba siendo observada por un ojo a través del agujero de un decorado. Un reguero de agua encharcaba parte del pasillo. En algún punto del bloque de viviendas relinchaba un televisor. En el fregadero la vajilla, todavía húmeda, suspiraba. Pero al fondo del pasillo, el abuelo continuaba iluminado.

Desde luego, debía de haber sido necesaria una gran furia fría para causar tales destrozos y Bernardo, contra toda lógica, experimentó una súbita oleada de simpatía: tentado estuvo de irrumpir dando un portazo, gritar un saludo, ser amable. Cojeaba entre los charcos. Y así este adolescente imberbe, apenas un muchacho, avanzaba por el pasillo portando aquella duda, aquella pistola cargada, y no era más que un ignorante en el arte del polinomio. ¿Qué se ocultaba detrás de aquella puerta? Cuando se encontraba a mitad de camino, se apagó la luz del cuarto. Bernardo avanzó de puntillas e introdujo la cabeza a través de la puerta entornada. Oscuridad completa. Entonces, aguzando el oído, escuchó un breve susurro, un rápido aleteo imperceptible (¿palomas en el interior de un paragüero?), una lenta respiración anhelante, qué era. Un miedo frente a otro miedo, y un papel pintado entre ambos. Bernardo sintió que

de un momento a otro comenzaría a sangrarle la nariz. Se le ocurrió que si encendía la luz con brusquedad, algo horrible le saltaría a la cara. La respiración se hizo más pesada, se produjo un veloz cuchicheo, un intercambio de huidas, y luego nada. Bernardo retrocedió despacio, salió huyendo, le dio la espalda a esa familia enrarecida donde la gente no paraba de desmayarse entre olores y las habitaciones se asomaban a una respiración anhelante.

Bajó las escaleras y en todo momento tenía conciencia de estar bajando las escaleras.

Mabel Lavana: sus cuellos almidonados, y un día en la catequesis, un solo día, se había peinado con trenza. Resultaba extraño acordarse de eso ahora, no extraño, melancólico. Los senderos moteados de sol, el templo en construcción que ahora ya estaba listo e inaugurado. A la salida de clase, el aire y las calles eran más anchos que cuando se entraba. Aunque Bernardo no volvió a regresar a la casa de los Lavana, supo que Mabel estaba sana y recuperada. Crecer era difícil, y el abuelo no era más que un lugar desordenado. No hubo más viñetas para colorear, ya iban siendo mayores. La representación de fin de curso fue todo un éxito; claro que hicieron falta algunas improvisaciones geniales. El personaje de Mabel fue suprimido en su totalidad, pero a veces aparecía en el texto una alusión a ella, la ausente, y era como referirse a un misterioso pariente evaporado. Un duende llegó tarde. Un soldado estornudó después de muerto. Bernardo observó de reojo, mientras se dedicaba a no matar al rey, que en la primera fila destacaban tres butacas sin nadie. Los padres de los alumnos, puestos en pie, aplaudían. Ahora Bernardo imaginaba a Mabel y detrás de ella un fondo atestado de objetos, por fin completo, porque los recuerdos de Bernardo son eso, una amplia perspectiva rebosante en la

que faltan por ocupar tres butacas. Bernardo cuida mucho el conjunto. Cuando se colorean viñetas es imprescindible vigilarlo todo, que la pintura no se expanda y nos salpique, que es algo que sucede con frecuencia cuando se colorean viñetas.